



15 - VII 1922

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

La  
 soledad  
 de la  
 niñez  
 por  
 Miguel de Unamuno

*Oh soledat aymada, ma companyona un dia,  
 lo jorn de ma infantesa que no tingué demá;  
 d'ençà que trist anyoro tu dolça companyia  
 com font escorreguda ma vena s'estroncá.*  
 MOSSÉN JACINTO VERDAGUER. «Soledat».

Versos del dulcísimo y elocuentísimo poeta catalán, que he traducido así: «Oh soledad querida, mi compañera el día — de mi niñez, un día que solo se quedó; — desde que triste añoro, tu dulce compañía — como escurrida fuente, mi vena se truncó». Lo que siento es no haber podido verter a verso castellano aquello del «día de mi niñez que no tuvo un mañana». Como esta expresión nuestra *mañana* es de doble sentido... Pues equivale a las horas de sol que preceden al mediodía, en francés: *le matin*, y al día siguiente, en francés: *le demain*. Distinción que hay en catalán.

Y me detengo en estas minucias lingüísticas por cierto temor a entrar en los sentimientos que esa estrofa despertó en mi pecho al leerla hoy, por la mañana, en mi clase. ¡Los que llevamos la niñez a flor de alma...! ¡Los que vivimos de los intereses de su caudal de espíritu atesorado en aquel largo día que no tuvo mañana...! Porque no, no, el día de la niñez no tiene mañana. Es un día que se rompe y no se sigue.

Dijo Wordsworth que el niño es el padre del hombre, pero ese padre se muere al engendrar a su hijo. Aunque... ¿no vive acaso el niño en el hombre maduro, el padre en el hijo? ¡Desgraciado de aquel que no lleva su niñez a flor de alma! Los hombres de más intensa vida íntima y por lo tanto de más sólida y eficaz acción pública, de mayor valor histórico, han sido hombres de niñez larga y no niños precoces, han sido hombres cuya inocencia infantil se prolongó por largos años. Son en su espíritu como en el cuerpo el elefante, que tiene una larga crianza.

Ya el Cristo dejó dicho para siempre que quien no se haga como un niño no entrará en el reino de los cielos, y yo he repetido muchas veces que el niño que llevamos dentro es el justo por el que nos justificamos.

Os hablaba de Wordsworth, el hondo poeta inglés. Una larga, entrañada, casi abismática niñez vibra en sus poemas todos. Hay que leer en «La Excursión» lo de la niñez de aquel hombre, entre las colinas de Athol. Los que hemos recibido, como el más preciado don de la mano del Señor, una niñez larga, una niñez honda, una niñez intensa, no podemos leer aquello sin que, cañutos nuestros ojos, lluevan nuestras lágrimas sobre nuestro corazón.

Se habla de la primavera de la vida y de la niñez del año. Pero

¿cuándo nace éste? ¿Es el invierno o el estío, la primavera o el otoño la niñez del año? Porque el año — *annus* — y eso significa, es anillo que se cierra. ¿Y no lo es la vida? ¿No es la extrema vejez una niñez? ¿No es el morir un desnacer y un renacer?

Y aquí recordamos aquel soneto de Gabriel García Tassara, cuyas cuartetas son uno de los más maravillosos cuadros de Castilla. Dice así:

*Cumbres de Guadarrama y de Fonfría,  
 columnas de la tierra castellana,  
 que por los hielos y las nieves cana  
 la frente alzáis con altivez sombría;  
 campos desnudos como el alma mía,  
 que ni la flor ni el árbol engalana,  
 ceñudos al nacer de la mañana,  
 ceñudos al morir del breve día:  
 por fin os vuelvo a ver tras larga espera;  
 os vuelvo a ver con aquel afán tierno  
 del patrio amor que vivo persevera;  
 para mí y para vos llegó el invierno,  
 para vos volverá la primavera,  
 pero mi invierno ¡ay! será ya eterno.*

¡Bámelo recitando hace unos días al acercarme a la sierra de Béjar coronada de nieves, y al ver, más allá, la cumbre de Gredos tocada de blancura. Y sintiendo que mi cabeza está, como las de esas montañas, blanca.

La blancura que este año — que ha sido año de más nieve que los anteriores — corona esas cimas es prenda de que tendremos un mejor estío. Ni faltará pasto en los prados ni agua en las fuentes. Las flores vivirán del agua que baje de esos ventisqueros.

¿Y nuestra primavera? El que ha sido de verdad niño lo será siempre y sus canas, cuando envejezca, tendrán blancura de niñez.

Y niñez no quiere decir paz ni sosiego. El niño no es pacífico, ni la niñez es quieta.

Dejé al llegar aquí hace unos días suspendidas estas líneas y al querer reanudarlas hoy, 18 de abril, después de quince o veinte días en que, lejos de mi soledad, he corrido una brava tormenta, me encuentro con que no encuentro ya la vena de mi inquietud pueril. Las olas del mundo engañoso, enamorado de las apariencias, me han sacudido. Pero yo vuelvo a mis abismos.

Y ahora voy a volver a leer el *Brand* de Ibsen, que me sumergirá de nuevo en mi ser eterno, el de la santa soledad de mi niñez.

*Autops*

*Autops*

*Autops*



(«Caras y Caretas». Buenos Aires (A. A.), 15 julio 1922)